

“ESTO ES TRABAJO, LA MÚSICA ES PLACER”

“Debemos dejar de asfixiar a los africanos”. Con esa idea clara, Bono inició en 1985 su compromiso con este continente. Aquí explica cuánto le ha costado implicar a Estados Unidos en su proyecto y en su ‘sueño’. Por **Enric González**.

Paul Hewson, bastante más conocido como Bono, nacido en Dublín (Irlanda) en 1961, de fe católica y músico de profesión, lo tiene casi todo. Su esposa, que fue su novia de juventud, y sus tres hijos viven relativamente al margen de su popularidad. Nunca ha necesitado guardaespaldas. Su banda, U2, arrasa desde hace dos décadas. Y entre sus muchos amiguetes se cuentan personajes como Bill Gates, Bill Clinton y Tony Blair. Es rico, famoso e influyente. Desde hace años utiliza todos los recursos de que dispone en un empeño por mejorar la situación del África subsahariana. La entrevista se realiza en el vuelo de retorno de la gira africana en la que ha acompañado al secretario del Tesoro de Estados Unidos, Paul O’Neill.

¿De dónde surge su interés por las cuestiones humanitarias?

Soy dublinés. Si toma usted un taxi en el aeropuerto de Dublín, lo más seguro es que el conductor le cobre de más; pero le compensará con un discurso sobre la actualidad política. En todos los *pubs* y todas las casas se habla de política. Recuerdo muy bien que en mi familia las comidas de Navidad acababan con gritos y peleas a causa de la política. Los Hewson preferíamos eso a hablar de religión: mi padre era católico y mi madre era protestante. Para evitar la clásica bronca irlandesa entre católicos y protestantes, dábamos repasos apasionados a la actualidad doméstica e internacional. Cuando crecí un poco, empecé a provocar a mis padres diciéndoles que su cristianismo era una simple rutina, una ficción de respetabilidad burguesa, y que la rebeldía implícita en la vida de Cristo no era visible en sus vidas católicas o protestantes. Me interesaron mucho, más tarde, la revolución sandinista y la teología de la liberación. En fin, mi interés por la situación del mundo se desarrolló en torno a la mesa familiar.

Un día decidió pasar a la acción y trabajar como voluntario en un orfanato de Etiopía. Eso formó parte de un proceso más o me-

nos largo. A principios de los ochenta, U2 formaba parte de un movimiento de protesta que apuntaba en dirección contraria a la cultura pop del momento. El pop eran los Nuevos Románticos, Madonna, Wall Street, el elogio de la codicia y todo eso. A nosotros, en cambio, nos inspiraban The Clash y Bob Marley. Había dos personas, Bob Geldof y Sting, con las que yo discutía a menudo sobre el sentido del rock. Ambos consideraban que el rock sólo era música para bailar y disfrutar. Como se sabe, ambos acabaron cambiando de opinión. El

contribución personal. Vimos muchas cosas, pero dos de ellas determinaron mi actual forma de pensar. Vivíamos en una tienda de campaña y por la mañana, al despertar, encontrábamos miles de personas alrededor de nuestro campamento, que era como un campo de concentración al revés: el alambre de espino estaba colocado para que no entraran los de fuera. Muchísimas de esas personas que esperaban no podían ser atendidas y no era extraño encontrar cadáveres de niños y adultos a las puertas del campo. Un día, un hombre arrojó sobre mí a su hijo de dos años, pidiendo que me lo quedara: “En sus brazos, vivirá; en los míos, no”, me dijo. Eso fue... por decirlo de una forma fría, era un derroche intolerable de potencial humano. El otro incidente también tuvo que ver con un niño: un recién nacido que pesaba menos de un kilo, blanco, arrugadísimo, al que tuve en la palma de mi mano y que, gracias a los cuidados médicos, sobrevivió y se convirtió en un chico saludable. Otra cosa que averigüé fue que los 200 millones de dólares recaudados gracias al Live Aid eran poca cosa en el contexto africano: África pagaba cada cinco días 200 millones a los países ricos en concepto de devolución de viejos préstamos. Eso contribuía a la pobreza estructural del continente. Decidí crear una fundación dedicada a luchar por la condonación de la deuda, o al menos por una reducción muy drástica, y utilizar mis supuestas dotes de comunicador para transmitir el mensaje de que debíamos dejar de asfixiar a los africanos.

contribución personal. Vimos muchas cosas, pero dos de ellas determinaron mi actual forma de pensar. Vivíamos en una tienda de campaña y por la mañana, al despertar, encontrábamos miles de personas alrededor de nuestro campamento, que era como un campo de concentración al revés: el alambre de espino estaba colocado para que no entraran los de fuera. Muchísimas de esas personas que esperaban no podían ser atendidas y no era extraño encontrar cadáveres de niños y adultos a las puertas del campo. Un día, un hombre arrojó sobre mí a su hijo de dos años, pidiendo que me lo quedara: “En sus brazos, vivirá; en los míos, no”, me dijo. Eso fue... por decirlo de una forma fría, era un derroche intolerable de potencial humano. El otro incidente también tuvo que ver con un niño: un recién nacido que pesaba menos de un kilo, blanco, arrugadísimo, al que tuve en la palma de mi mano y que, gracias a los cuidados médicos, sobrevivió y se convirtió en un chico saludable. Otra cosa que averigüé fue que los 200 millones de dólares recaudados gracias al Live Aid eran poca cosa en el contexto africano: África pagaba cada cinco días 200 millones a los países ricos en concepto de devolución de viejos préstamos. Eso contribuía a la pobreza estructural del continente. Decidí crear una fundación dedicada a luchar por la condonación de la deuda, o al menos por una reducción muy drástica, y utilizar mis supuestas dotes de comunicador para transmitir el mensaje de que debíamos dejar de asfixiar a los africanos.

Sus dotes parecen haber funcionado con la Administración de George W. Bush.

Todo ha sido muy difícil. Yo soy amigo de Bill Clinton, le visitaba con alguna frecuencia en la Casa Blanca y logré convencerle de que impulsara la condonación de la deuda. Lo cual me permitió descubrir cómo funciona la estructura constitucional estadounidense: da igual lo que diga el presidente, si el Congreso no le respalda.



INFLUENCIA POSITIVA. Rico, famoso, influyente. Y con conciencia social. En la imagen, Bono, en Soweto (Suráfrica).

caso es que un día Bob me llamó para hablarme de una hambruna en Etiopía y proponerme hacer algo. Me pareció asombroso, nunca habría esperado que él se interesara por los problemas de la humanidad. Pero tenía lo que hacía falta: indignación, tenacidad e inteligencia. U2 participó en el gran concierto Live Aid y en el disco. Se recaudaron 200 millones de dólares para paliar el hambre en Etiopía, un país que en ese momento yo sólo conocía por la canción *Radio Ethiopia*, de Patti Smith. En ese momento yo empezaba a ganar dinero y podía permitirme una pausa en el trabajo, y decidí ver el problema con mis propios ojos. En 1985, sin decirselo a nadie, mi mujer y yo nos fuimos a trabajar a un orfanato situado al norte de Addis Abeba, como

Y el Congreso, de mayoría republicana, no estaba por hacer caso a Clinton o perdonar deudas. Cuando Bush ganó las elecciones, me convertí en un cero a la izquierda: por mis conexiones con Bill Clinton, la nueva Administración no quería saber nada de mí. Tuve que diseñar una estrategia de aproximación basada en cortar en lo posible los suministros de cinismo y burla del enemigo (“ya está aquí la estrella del rock con sus africanitos”) y con un desarrollo gradual. Primero contacté con gente que los conservadores consideraban respetable, como el banquero David Rockefeller y el ex presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker. Gracias a su aval empezaron a recibirme los senadores republicanos. (Jesse Helms, el senador más ultraderechista del Congreso, derramó lágrimas cuando Bono le habló sobre la situación en África y sobre el deber cristiano de ayudar al semejante). Mi encuentro con Condoleezza Rice, la asesora de seguridad nacional, fue decisivo. Es una mujer fascinante, intelectualmente increíble y, además, una gran pianista. Le pregunté si lo del “conservadurismo compasivo” que pregona Bush tenía algún significado, y logré que conectara con la idea de ayudar a África.

¿Le costó mucho ser recibido por Paul O'Neill? Muchísimo. La familia Bush no me tenía ninguna simpatía, desde una gira de U2 llamada Zoo TV, en 1992. Utilizábamos imágenes de George Bush padre para un videomontaje que le ridiculizaba, y yo solía llamar a la Casa Blanca desde el escenario para protestar por su política. (Bush padre hizo la siguiente afirmación durante la campaña electoral de 1992: “Cuando haya una nueva crisis internacional, yo consultaré con el británico John Major y el ruso Borís Yeltsin; Bill Clinton puede reunirse con Boy George”; nunca se sabrá qué tenía que ver el pobre Boy George con todo aquello). O'Neill, por tanto, prefería no dejarse ver conmigo. Hasta que, gracias a Condoleezza Rice y otras personas que mediaron, me dejó pasar a su despacho una tarde del pasado otoño. Le llevé un libro de poemas irlandeses y le recordé que Irlanda, el país de donde procedía su familia, padeció una hambruna terrible en el siglo XIX. Luego le pregunté si había estado en África. “No me hable de África; yo he dirigido una fábrica en Guinea-Conakry y sé lo que es eso”. Me soltó la habitual cantinela de corrupciones, incompetencia, etcétera. “No siempre es así”, le expliqué, “ahora hay nuevos líderes y algunos países están aprovechando de forma muy eficaz la reducción de deuda y la ayuda que prestamos. En Uganda, por ejemplo, se ha triplicado el número de niños escolarizados”. Me pareció escéptico. Tres semanas más tarde, sin embargo,

me telefoneó para anunciarme que pensaba viajar a África: “¿Quiere acompañarme para mostrarme esas cosas que, según usted, funcionan bien?”. El proyecto del viaje quedó cerrado en un debate público, durante la reunión del Foro Económico Mundial en Nueva York.

Usted se ha contenido mucho durante el viaje. Se ha permitido alguna broma, pero su defensa de O'Neill ha sido constante.

Si había que convencerle, era mejor la conversación que la discusión. Cuando se negocia, no hay nada peor que acorralar al adversario. Uno de los objetivos de la gira era hacer llegar a los congresistas estadounidenses el mensaje de que la ayuda a África era económicamente útil y moralmente necesaria. Habría sido muy estúpido por mi parte hacer algo que dañara la imagen del secretario del Tesoro. Aquí no se trataba de lucirse ni de hinchar el ego; hay muchas vidas en juego. Creo que la táctica ha funcionado.

¿Está preocupado O'Neill por el riesgo que asume? Ha prometido ante el mundo entero que lucharía por conseguir agua potable para todos los africanos, que aumentaría de forma sustancial los recursos para combatir el sida...

“En este viaje no se trataba de lucirse ni de hinchar el ego; hay muchas vidas en juego”

“Pueden despedirme, pero no cambiar mi opinión”. Eso es lo que dice, y usted le ha oído decirlo. Hemos hablado varias veces, a solas, sobre su apuesta por el desarrollo de África. De momento, cuenta con todo el respaldo del presidente Bush.

Ustedes dos, la ‘extraña pareja’, parecen llevarse muy bien. ¿Se han hecho realmente amigos?

Si O'Neill logra cambiar la trayectoria del gigante estadounidense, si logra rescatar a los millones de africanos que están cayendo por las grietas de la mundialización, será mi amigo.

¿Y si no?
Pues no.

Supongo que la relación se mantendrá al menos hasta otoño, cuando O'Neill tiene previsto anunciar sus planes concretos para incrementar la ayuda.

Naturalmente. Seguiré insistiendo, aportando información y propuestas... Tenga

en cuenta que el Fondo del Milenio, que debe ser la pieza básica de la futura ayuda, salió de una idea de Oxfam que yo planteé a Condoleezza Rice y luego a O'Neill. La gente con la que trabajo (el economista Jeffrey Sachs, técnicos de Oxfam y la fundación de Bono para la cancelación de la deuda) y yo estamos muy implicados en esto.

Con esa tarea por delante, ¿podrá volver algún día a su profesión de músico?

Esto es trabajo, la música es placer. Cada día tengo más ganas de volver a la música y a la vida despreocupada que corresponde a una estrella del rock irlandés (los ojos sonríen bajo las gafas azules). Pero aún queda por hacer. Ahora tengo que ver a Tony Blair; contarle el viaje e implicarle a fondo. Idealmente, mi incursión en el terreno humanitario debería acabar el año próximo, después de la cumbre del G-8 (las siete mayores potencias económicas, más Rusia). En agosto de 2003 se cumple el 40º aniversario del gran discurso de Martin Luther King, el discurso que comenzaba con la frase “He tenido un sueño”. Habrá muchos actos conmemorativos y me gustaría que en ellos se subrayara que el sueño de King no se limitaba a EE UU. Era algo más grande y planetario. El camino hasta ahora ha sido azaroso. Cuando los esclavos

judíos se presentaron ante el faraón de Egipto y le dijeron que eran sus iguales a los ojos de Dios, debió sonar muy absurdo. Pero se aceptó con los siglos que Dios no hace distinciones entre reyes o esclavos. Cuando los negros americanos exigieron la igualdad, muchísimos estadounidenses pensaban que debían seguir lustrando zapatos. Pero la lucha por los derechos civiles triunfó y hoy se acepta que los negros no son inferiores a los blancos... siempre que vivan en EE UU o Europa. ¿Usted cree que si los africanos fueran rubios y con ojos azules les abandonaríamos así? El siguiente paso son los derechos de los africanos. Cuando eso se consiga, se habrá cumplido el sueño de Martin Luther King.

¿Y si O'Neill falla, si el año que viene no se perciben cambios, si el sueño no se cumple?

Tendré que admitir que he sido un idiota y me he dejado tomar el pelo. Peor que eso: habré sido un turista en la tragedia de otros seres humanos. Prefiero no pensarlo. Prefiero ser optimista. ●